

til, coludido con el gobierno español, hizo la mas cruel guerra al general Morelos: dióse el prelado en espectáculo público paseándose por entre las filas de un corto batallón de infantería que se puso al mando del coronel Sahavedra para atacarlo: bendijo á los soldados; dióles un peso fuerte y un calzado, y los exhortó con cuanta energía pudo á que combatesen con tal mónstruo, como pudiera hacerlo el mismo S. Pio V. con los soldados de D. Juan de Austria; inútiles medidas ¡vive Dios! Aunque preparadas con tales disposiciones, que en el siglo diez y seis (siglo de los conjuros y exórcimos) habrían producido efectos maravillosos de valor, ni Sahavedra ni sus soldados, osaron presentarse al general Morelos, retrocedieron avergonzados, y sutrieron la zumba y el sarcasmo de la gente poblana: Sin embargo, el reverendo obispo no cesaba de hostilizar cuanto podía al mas benemérito caudillo que viera el Anáhuac. Cuantos fondos estaban á su disposicion puso á la del gobierno; y así es que varias costosas expediciones como la de Orizaba al mando del general Llano, y la que proyectó sobre Oaxaca en fines de Noviembre de 1812 bajo la direccion del coronel Aguila, (llegada apenas al pueblo de Quiotepeque) fueron costeadas y mantenidas con el dinero de los nobres, ó de las obras pías. Empeñóse el prelado en una nueva lid en que salió igualmente desairado. Quiso hacer del conciliador con los disidentes y el gobierno; mandó al cura Palafox de Huamantla á la Junta de Zitacuaro *confesado y sacramentado*, como si pasase á tierra de Barbería: escribió varias cartas, publicó manifiestos que corren impresos, en que se cita á los publicistas para calificar de crimen horrendo el grito de libertad que en el exceso del despacho, dió la esclavizada América. En cada línea de estos escritos se legó á nuestra posteridad una

abundante materia de diversion, ó sea de compasion y lastima al ver tamaños extravíos de la razon.

Morelos tambien sostuvo por su parte una lid literaria; y aunque en sus escritos no desarrolla la elocuencia su energía, ni siembra sus bellezas; empero aparecen muy bien en ellos la noble sencillez, la justicia y la firmeza de su carácter que formaban sus principios. El héroe del Sur era tan brioso y denodado con su pluma, como con su espada. De César se dice que escribia *sine ulle vellamine*, y otro tanto puede decirse de Morelos. El gobierno de México nada consiguió con semejantes intentonas dirigidas á divertirle ó extraviarlo, ya que no podia contenerlo en su rápida y gloriosa marcha; sino el triste desengaño de que se las habia con un hombre de cabeza, y digno de figurar á lado de los brutos y Catones.

Todo cedía en aquellos dias de gloria á la voluntad de Morelos: presentarse y vencer ya por sí, ya por medio de sus tenientes, era todo uno. Matamoros se adscribe á sus banderas, y comienza á trabajar por su gloria. Galeana toma á Tasco despues de reñidos combates. Morelos pasa á auxiliar á Galeana en la barranca de *Tecualoya* bate á Porlier, jefe que ménos por su valor que por sus crueldades, fué el terror del Valle de Toluca: era un tigre que no respiraba sino sangre, desolacion y muerte, decretada en el furor de la erápula. Darán eterno testimonio de esta dolorosa verdad los muchos infelices fusilados el 19 de Octubre de 1811; indios tomados en el cerro de la *Tere-sona* por el ronco y furioso marino *Cuevas*. Hasta las espinillas llegaba la sangre derramada como un lago en el lugar del suplicio, y chapaleaban los verdugos cuando andaban por él como si caminasen por un lagar de uva. Darán testimonio á sí mismo de su crueldad los padres Carmelitas

de aquella ciudad desairados por él, tan solo porque le suplicaron que moderase su furor excesivo. Batido Porlier en Tecualoya, lo fué igualmente en Tenancingo por dos días consecutivos, donde pereció uno de sus marinos mas atrevidos, en quien libraba su confianza, pues habia salido felizmente en los ataques mas bruscos y arriesgados. Tenancingo parecia otra Troya: por todas partes el incendio hacia horribles estragos y el que se escapaba de las llamas, se exponia al rigor de la caballería ó de las balas. En este punto los atrevidos é insolentes mulatos de Yermo, y haciendas de tierra caliente mordieron la tierra con impotente rabia, y huyeron desvandados como tímidas palomas á vista del rapaz milano. No corrió diversa suerte Porlier, pues perdió su equipaje y artillería, en la que se incluía una hermosa culebrina; tomó la fuga alumbrándose con la claridad del incendio de Tenancingo, y entró de oculto en aquella Toluca, que tantas veces lo vió entrar triunfante, lanzando miradas de desprecio sobre aquel desgraciado pueblo. Si Morelos no se hubiese sentido achacoso en aquella noche, tal vez siguiendo el alcance por sí mismo, Porlier habria corrido la suerte de Gago: pero su quebrantada salud apenas le permitió mandar la acción sentado sobre un tambor de guerra. Esta victoria produjo efectos maravillosos á beneficio de la humanidad: humillóse Porlier y cambió de carácter: trocóse de tigre un cordero: desde aquel día se mostró compasivo con los prisioneros, y economizó su sangre; diremos por tanto que este triunfo coronó á Morelos con el doble laurel de la victoria y de sus benéficos frutos alcanzados en favor de la humanidad aflijida. México contempló atónito este espectáculo: esparcióse el terror por todas partes aumentandolo el cre-

cido número de gentes que llegaban á la capital á guarecerse de toda la tierra caliente; quien creia ver como en Roma á sus puertas á este nuevo Annibal: quien, predecia los mayores males; quien, hacia mil votos secretos en el fondo de su corazon, por la prosperidad de tan ilustre vencedor.

No corrieron nuestras armas igual suerte en la desgraciada villa de Zitácuaro, reducida la mayor parte á cenizas por el despiadado Calleja, á quien en muchos dias no ocupó otra idea que la de hacer borrar hasta la memoria de su antigua existencia, no de otro modo que el duque de Alva, que redujo á pavezas el palacio donde pensaron por primera vez los tercios flamencos separarse de la dura dominacion de Felipe II. Zitácuaro cayó, cantaban en fúnebres endechas las hermosas, pero mal empleadas liras de Roca y Conejares. Esta lúgubre voz era seguida por el coro de aquellos Canibales sus paisanos y nuestros asesinos, que por todas partes derramaban sobre nuestros corazones la copa amarga del disgusto.

El día 5 de Febrero el vencedor de Aculco, entró en México procediendo á aquellas huestes de quienes fueron amigas inseparables la inmoralidad, la desolacion, el incendio y la muerte. En breve se le manda que vaya á atacar á Morelos que lo esperaba en Cuautla. Conocia éste muy bien que aquel punto no era militar; pero tambien entendió, que marchitaría sus laureles cuando sus enemigos presumiesen que tomaba la fuga. No de otro modo el generoso leon, perseguido de los lebreles en la selva no parte precipitado, sino que marcha con aire magestuoso, aunque quisiera evitar el duro compromiso de hallarse entre el cazador y el venablo. Sí, ¡Vive Dios! que la gloria de América exigía que aguardase en cualesquier punto de ella

aquel ilustre caudillo, que había añadido al pendon augusto de nuestra libertad é independencia, tantas estrellas cuantas batallas había ganado, ó cuantas agresiones había resistido.

En el campo de San Lázaro se reune el ejército; allí campa, allí hace noche, y allí reciben el último á Dios muchos de los infelices que iban á terminar sus dias consumando el más horrendo parricidio en las calles de Cuautla. ¡Oh, Cuautla! ¡ó lugar de nuestra gloria; yo pronuncio tu nombre y me estremezco! Morelos había tomado sus disposiciones para resistir al enemigo fortificándose en la iglesia y convento de San Diego, calle real y bocacalles que rodeaban la plaza. Galeana defendía la trinchera de San Diego, punto principal de ataque, sobre la que se rompió un fuego infernal de fusil y cañon, no menos que sobre la casa de tesorería y otros puntos. La accion se había ganado enteramente por el enemigo, que habiendo horadado la barda de un corral que tenía á la espalda la trinchera, comenzó á penetrar por ella poniendo en gran conflicto á los de Galeana. Por fortuna suya un obús cargado de metralla se disparó, empleado oportunamente por un jóven que á pesar de estar herido y de ser paisano lo disparó officiosamente. Desde entonces se declaró la victoria por todos los puntos de defensa. Calleja habria sido destruido y el ejército de Morelos habria entrado en México vencedor; si D. Leonardo Bravo prevalido del ascendente que gozaba su corazon, no hubiese impedido el alcance que se aprestaba á dar sobre el ejército fugitivo, y á cuyo efecto estaban ensillando los dragones. ¡Cuántas veces lloraría despues de esta resolucion, que á haberse verificado no habría caido en manos de sus enemigos, ni muerto en un patíbulo! Resolvióse por tanto á sufrir nuevo ataque y á

padecer un sitio: error grande que produjo resultados muy funestos, y que tal vez prolongó una lid que debió darse por concluida en aquel dia.

A los siete despues de esta accion memorable, comenzó el sitio de Cuautla, y á consecuencia se empeñaron diversas acciones en que triunfó el honor de las armas de América. El agua que bebia Morelos y su ejército se compraba al precio de mucha sangre; y situar una batería que la defendiése para que jamás osásen quitársela, fué el resultado del valor extraordinario de Galeana, encargado de esta operacion. Resérvase á la historia detallar menudamente, y seguir el diario de operaciones militares, en que campeó el valor y la prudencia de Morelos, ella fijará con exactitud el terrible ataque que dió al campo de *Zacatepeque*, en que las tropas expedicionarias venidas de auxilio al mando del brigadier Llano, sufrieron el mayor descalabro cuando el coronel Matamoros no pudo introducir el socorro de víveres de que necesitaba la plaza que se hallaba reducida al último apuro; menos por las obras de ataque emprendidas por Calleja, que por la falta de sal con que no podia condimentarse el pan de maíz, único gráo que se conocia en Cuautla. Tan grande apuro decidió á Morelos á abandonar la plaza; la necesidad urgía porque estrechaba el hambre; y así es que la noche del 2 de Mayo (1812) á pesar de estar quebrantada su salud, y de haber tomado un sudor, ejecutó esta empresa tan brillante y de mayor nombradía que la defensa del 19 de Febrero. Esta fué obra de la desesperacion; porque ni el silencio de la noche ni la precaucion que era indispensable tener, permitía al soldado ajustar sus movimientos á las disposiciones exactas de la ordenanza; tanto mas, cuanto que muchas familias de paisanos, mujeres y niños iban mezclados en las

filas: sin embargo, Calleja no lo entendió hasta que la división sitiada no se halló á buena distancia de la plaza, y cuando los ataques parciales de la tropa dispersa se lo hicieron saber. Eran pasadas dos horas cuando supo de positivo que Cuautla habia sido evacuado, y aun todavía titubeó en mandar el batallón de Guanajuato que lo ocupase. Morelos se vió en gran peligro de perecer, porque extraviando el camino cayó en una zanja de donde le sacaron con el caballo; golpe que le causó una apóstema en el vientre, y demandó una operación quirúrgica. Destacados los dragones que para el efecto tenia de reserva Calleja, y apostadas en varias partes otras partidas, tuvo que batirse con ellas haciendo fuego como el último soldado, viéndose envuelto entre sus enemigos. Habríanle tomado vivo á no tener la precaucion de mandar desbaratar el puente de vigas de la barranca de Ocuituco. Calleja se gloriaba de que Cuautla era una plaza de *carrizo*; pero esta expedicion se convertia en elogio del que supo defenderla, contra el que tenia en sus manos toda clase de recursos, y abundando de pólvora pudo volarla con minas. No menos se complacía en decir al gobierno, que habia sembrado de cadáveres el largo trecho que hay de Cuautla hasta Ocuituco, cebándose la zaña de su bárbara soldadesca en alcanzar á los fugitivos paisanos y soldados dispersos.

Tal fué el término de un asedio de setenta y cinco dias, en que se ejecutaron por este monstruo toda clase de maldades; hollando indignamente los principios sagrados del derecho de las naciones, hasta intentar envenenar las aguas de Cuautla, solicitando de las boticas de México, todo el ácido corrosivo que pudiera encontrarse en ellas. Regresó por último el ejército de este asesino á la capital; y aunque se procuró ocultar su pérdida, distribuyendo varios cuerpos

á otros puntos, se hechó muy bien de ver su gran disminucion y falta de oficiales. El gobierno se lisongeaba de que el monstruo del Sur *vagaba fugitivo y errante, buscando asilo en las cabernas*: así lo decia en sus proclamas: pero en breve se vió desmentido esta elocuencia gascona. Matamoros en Izúcar, habia formado en breves dias una brillante division en la que presidia el orden y la disciplina. Apenas Morelos recobra un tanto su salud, cuando parte para Chilapa, lo recobra, y bate á cerro en sus inmediaciones: allí recibe la noticia del gran conflicto en que se hallaba sitiado en Huajuapa el coronel *Trujano* con tres campamentos, cuya artillería enfilaba la plaza: *Régules, Esperón y Caldelas*, no ménos feroces que Calleja, habian renovado en aquel sitio las dolorosas escenas de Cuautla; pero *Trujano* se habia defendido con un valor y sabiduría digna del mas consumado general. El aprieto era tal, que estaba reducido á no comer sino maíz y piloncillo: sus municiones eran tan escasas que los cañones estaban á media carga; pero su astuta y buena maña era tal, que sus soldados ignoraban la peligrosa situacion en que se veian, descansando tranquilos porque los habia habituado á vencer. En tal estado se presenta Morelos con un grueso de tropas para auxiliar la plaza: reunéanse las fuerzas de los tres campamentos; empéñase la accion nuevamente, Caldelas muere cubierto de heridas; sus soldados negros de Xicayán le imitan, y pocos escapan con vida, *Régules y Esperón* huyen para Oaxaca: el alcance de los fugitivos hasta cerca de Yanhuatlán es tan estragoso, como el de Cuautla á Ocuituco, Morelos triunfa completamente, y no solo resarcé sus pérdidas, sino que triplica el número de toda clase de armas, municiones y pertrechos. Con la pompa de un vencedor entra en Tehuacán el 10 de Setiembre de 1812; y

pone en la mayor consternacion á Puebla, Veracruz y Oaxaca.

Sabé que el osado *Labaqui* con trescientos capechianos, se sitúa en San Agustín del Palmar. Morelos cree que este insulto hecho á su cuartel general es imperdonable, y se prepara para batirlo. El mismo traza el plan de ataque, cuya ejecucion encarga á Don Nicolás Bravo, quien lo desempeña cumplidamente. Despues de tres dias de fatiga, *Labaqui* muere con el valor de un Espartano, y al exhalar su último suspiro, penetra con la bayoneta á uno de sus asesinos. Morelos siente la muerte de este comandante, así como habia sentido la de *Caldelas*, protestando quisiera haberlos podido perdonar, dándoles un abrazo en remuneracion de su esforzado valor. La division de *Labaqui* entra prisionera en Tehuacán; y aunque los oficiales de Morelos le instan para que salga á verla, el que se resiste á recrear la vista con tal espectáculo, y con una expresion de ternura dice: *¿qué he de ver? unos desgraciados prisioneros!!!*

Límitase por sí mismo á reconocer las municiones quitadas á *Labaqui*, y á dar libertad á los que no quisieron tomar partido en su ejército. En la ocupacion del Real de Pachuca se habian tomado una porcion de barras de plata que Morelos mandó enterasen en el tesoro público; pero como su recibo era dudoso por las muchas partidas de salteadores que infestaban los caminos, se decidió á salir en persona á recibirlas, y al mismo tiempo á reconocer á aquellas localidades de mas frecuente tránsito para los combates del enemigo. Acaso éste se prestaba para transportar crecidas sumas de oro y plata á Veracruz. Llegó, pues, el enemigo á Anapaluca, al mismo tiempo que Morelos á la hacienda de Ozumba: formóse al instante, y lo mismo hizo

el coronel español Aguila, con cerca de setecientos hombres en escalones. Casi era igual número de tropa la que custodiaba el convoy de barras de Galeana; largo tiempo estuvieron á tiro de fusil ámbos ejércitos, y solo se oyó la primera descarga cuando una compañía de niños del ejército americano rompió el fuego. Habíase colocado malamente la artillería de Morelos, en número de tres cañones, sobre los que se hechó una guerrilla, que empeñando la accion hizo huir nuestra infantería que se habia mantenido impávida, á pesar que una bala de á cuatro hizo pedazos al coronel Tápia.

El mariscal Galeana hubo de retirarse, porque desembarazado el grueso enemigo reforzó el convoy con mas tropa, y no podia contar con refuerzo nuestro, á causa de la vergonzosa retirada, que ya tocaba en fuga; sin embargo, ántes de una hora se reunió el ejército americano, y se presentó al de Aguila que ya habia llegado á la hacienda de Ojo de Agua, y estaba descargando sus atajos. Formáronse en batalla segunda vez ámbos ejércitos, y permanecieron en esta actitud hasta que ya entrada la noche se retiró Morelos á Ozumba, perdiendo trece hombres con algunos heridos. Esta accion, si no dió brillo á sus armas, le aseguró el tránsito de las barras de plata, y preparó á su tropa para entrar con mejor éxito en la villa de Orizaba; empresa que tuvo oculta aun á sus mismos confidentes, y que solo entendieron cuando se hallaron en las inmediaciones de dicha villa. Morelos llega al Ingenio, y lo sorprende: toma el foso en el instante: salen de la plaza cincuenta hombres á reconocerlo, y los envuelve y hace pedazos: repiten nueva salida en mayor número, y por poco corren igual suerte.

Sitúa en la noche, sobre el cerro de *Tlachichilco*, un ca-

ñon que enfile á la garita: á las tres de la mañana forma el ejército para atacar la villa: comienza la acción por la garita de angostura, cuya tropa se resiste valerosamente; pero atacada y flanqueada con el cañon de *Tlachichileo* á dos fuegos, se vé en el mayor aprieto: los americanos saltan sobre las trincheras de la garita, á la arma blanco, y en un instante las deshacen. Avanzan por la calle Real hasta la trinchera del Puente de la Borda; y si en el acto hace movimiento la caballería enemiga, Morelos le toma todos los puntos por donde pudiera flanquearlo. Con el pertrecho tomado en la garita, ataca al coronel Andrade que se hallaba situado en la calle Real al abrigo de una trinchera colocada en el Puente de Borda, y otra en la iglesia de Dolores.

En este conflicto escapa Andrade con toda su division; pero ésta se vé cortada, y tiene que rendirse en el llano de Escamela con cuanto llevaba, en términos de que este jefe apenas puede llegar á Córdoba con solos dos hombres, pues se le persigue hasta encima de la cuesta de la barranca de Villegas. Acción tan brillante puso en manos de Morelos nueve cañones de todos calibres, mas de cien cajones de pertrecho, el armamento de la guarnición que llegaba á mil hombres, y el valor de mas de trescientos mil pesos en vales, dinero, plata labrada y efectos que se extrajeron por Zongolica. Permitió á sus soldados el saqueo en los almacenes de tabaco que al fin mandó quemar. Este artículo de riqueza con que el gobierno español satisfacía en parte sus necesidades, les hizo mandar en horas una expedición sobre Orizaba. Morelos evacuó la villa, dispersó su ejército haciéndolo marchar en trozos á Tehuacán por Zongolica, y él con su escolta, parte de la division de Galeana, y los guerrilleros de *Arroyo y Lana*.

se situó ventajosamente en las cumbres de Aculzingo. Aguila le ataca, y es rechazado: huye su caballería y Morelos no se aprovecha de esta ventaja. Como tropa disciplinada fácilmente se reúne, y torna segunda vez á la carga: se empeña de nuevo la acción: pero flanqueado Morelos por las partidas de guerrillas de la tropa expedicionaria se halla en el caso de ceder el punto al enemigo, á quien costó demasiado caro la victoria, pues se peleó cuerpo á cuerpo y con desesperacion. Desapareció Galeana, y Morelos llegó á Tehuacán temeroso de haberlo perdido: pero se sustrajo astutamente de la vista de sus enemigos perdiendo su caballo, y ocultándose en el hueco de un árbol; sin embargo, observado por dos dragones que le asaltaron les dió muerte, y en el caballo de uno de ellos entró á Tehuacán. Como en la acción de Aculzingo, perdió Morelos su artillería, para ocultar esta pérdida se quedó en *Ixtapa* aquella noche. Secretamente hizo reponer la artillería de Tehuacán, y al dia siguiente entró en esta plaza haciendo creer á su guarnición que nada habia perdido.

Esta serie de triunfos aunque mezclados con algunos otros reveses, puso al héroe del Sur en actitud de acometer mayores empresas. Impenetrable en su secreto hacia vacilar á los mas profundos calculadores sobre el rumbo y punto á donde se dirigía, con el poderoso armamento con que se hallaba. En 10 de Noviembre, parte para Oaxaca, conquista atrevida y que presentaba obstáculos insuperables de la naturaleza, caudalosos rios, valles profundos, montañas fragosas, escasez absoluta de víveres; hé aquí los mayores impedimentos para la marcha de un ejército; pero él la intenta, y aunque con penalidades y muerte de tres hombres á rigor del hambre en las cumbres de *San Juan del Rey*, lo consigue. Desde allí divisa por primera